



## Manuel Molina, gitano de sombra y luz

Estábamos en casa de Eduardo García Otero. Y allí tocamos el mensaje, alcanzamos con las manos el alma de Triana. Alguna vez escuchando a Caracol le oí a Juan Delnido decir algo especialmente profundo: «Este es el trastorno de los locos que a todos nos trastorna»... Manuel Molina. Sí, el de Lole y Manuel. Manuel Molina, visionario de formas y melodías, sugerencia mínima y grandiosa.

Yo me quedo con todo lo que creó y prometió Manuel Molina cuando el silencio y la lágrima hicieron de Santana sinagoga. Lejanísima soleá o canto bíblico. Manuel Molina, creador de formas nuevas con músicas que parecen venir de persecuciones y ghets gitanos. «Yo soy como los judíos / que aunque la ropa les quemen / no reniegan lo que han sido»... Eso proclama la vieja soleá.

Y viene esto a cuento porque alguien me ha escrito de maltratos con respecto a «Pata Negra» o, mejor dicho, de lo que queda de «Pata Negra», porque, sin Raimundo Amador, se queda en paletilla de ibérico. Y escribo de Manuel Molina porque escuchando «aquello» me vino a la memoria el acercamiento musical —ríquisimo en sus formas y matices— de todo lo que Manuel aportó a un flamenco nuevo. Yo creo que toda la revolución del acercamiento a las formas del

Lo vi en el último Rocío. Casi un año ya. Me lo encontré mesiánico, rabino de un templo de sombras, con algo quizás de profeta incomprendido o de sefardita que vuelve del terrible éxodo y se planta en el corazón de Sevilla para levantar amorosamente su salmodia a compás de soleá: «Mira si soy trianero / que estando en la calle Sierpes / me considero extranjero». Era una especie de Moisés sin tierra prometida, sin más pueblo que el otro lado del río. Iba Manuel con ropaje talar, con barba de siglos, con majestad de caudillo hebreo, David de formas flamencas o, quizás mejor, de un Absalom que, vengador de un incesto, tenía puesta en tela de juicio un trono para su copia dolida. Para su herencia natural, su suerte sin suerte, su rebelión anticipadamente perdida. Yo lo vi así en el último Rocío. Manolo Domínguez —que, proclamo orgullosamente, es mi compadre— se había olvidado del rito y acariciaba las cuerdas de un arpa con figura de mujer, que es la guitarra, y como de pronto cayó el maná del duende.

tiempo nacen con «Triana» y mueren con «Alameda». «Triana» desaparece cuando la carretera se lleva la inspiración de su compositor Jesús de la Rosa. El resto del trío, J. J. Palacios —al que llaman «Tele»— y Eduardo Rodríguez —que se integró en aquel grupo de Josele que pegó un pelotazo veraniego con el «coge tu sombrero y pón-telo»— se fueron sin dejar rastros que hayan podido ser seguidos por el que firma. Manuel Molina entró —creo— en «Triana» con «Todo es de color», que posteriormente dimensionaría Lole... También desapareció «Alameda», en el que destacaba la voz flamenquísima y fresca de Pepe Roca, que ahora forma parte del renovado «Jarcha». «Triana», sin embargo, queda indeleblemente en

la historia del denominado «rock» andaluz, aun cuando todos estos grupos buscan un mismo origen: «Smash». Allí, también Manuel Molina junto a otro nombre que también está en la tierra definitiva, Julio Matito. Todo el resto de modernismos o entronques se nos queda con aquella sugerencia o boceto que significaron «Cai» y «Medina Azahara».

Todo esto queda muy lejos de esa insufrible rumba que hacen los gitanos catalanes que, partiendo de Peret, se amplía a tercetos y cuartetos que tan sólo buscan el sonsonete que después irá a la discoteca para que la gente menee salvaje o salerosamente el esqueleto. Pero, también, todo esto se irá alejando —las firmas discográficas marcan la pauta— tanto en los es-

quemas, como en los sonidos, como en la profundidad del espíritu innovador siempre en duermela de un Lebrijano o, quién lo duda, de un Enrique Morente, que también trata de encontrar veredas de innovación.

Pero si se hace un recuento más o menos apresurado de lo que tiene al flamenco forzosamente en toda la creación de Manuel Molina, de un Manuel Molina que cede lo mejor de su creatividad musical para que la voz infinita de Lole nos cante a la amanecida del día, al temor de que una luna quede prendida en una red y se duela de la ronquera del gorrión. Todo lo mejor para Lole. El se quedará —profeta de sus sombras y nostalgias— proclamando que la Torre del Oro la hicieron sin campanario «pa no despertá a Triana». El seguirá considerándose extranjero en mitad de calle Sierpes; él seguirá, egoísta, engañándose a sí mismo, cautivo de su propia idiosincrasia, encerrando a cal y canto sus fantasmas creadores y sin saber de ninguna Tierra Prometida.

Ahora está al caer un año de lo que sucedió una noche en el Rocío, cuando Manuel se hizo visionario de sí mismo... ¿Recuerdan aquello de Juan Varea? Dónde vas, Manuel Molina, gitano de sombra y luz...

José Antonio BLAZQUEZ